

El Diccionario Biográfico Español, el pasado y los historiadores

José Luis Ledesma

Universidad de Zaragoza

Podría parecer una mera polémica más. Desde lejos puede resultar otra de las recurrentes discusiones que genera un medio tan bizantino como el científico y universitario. Pero no ha sido sólo eso. No hay que exagerar, porque para nada se parece a la *Historikerstreit* alemana de hace un cuarto de siglo ni alcanza aquello de que «algunas de las polémicas académicas más espectaculares han tenido por escenario los campos de batalla de los historiadores»¹. Mas tampoco se limita a un efímero bucle de espuma más en las aguas del gremio. Para empezar, lo del *Diccionario Biográfico Español (DBE)* no ha sido en lo esencial cosa nuestra. Lo desataron los medios de comunicación, y su audiencia y derivas fueron mucho más allá de nuestras publicaciones y foros. Durante unas semanas, entre mayo y julio de 2011, protagonizó artículos, tertulias, iniciativas parlamentarias e incluso las redes sociales y otros foros de internet. Pero además la controversia roza cuestiones siempre irresueltas de la práctica historiográfica como si debe haber criterios de validación y control de los relatos historiográficos por encima de la libertad de cada autor, la tensión entre objetividad y carga subjetiva en las representaciones del pasado, o incluso la definición, competencias y capital social de la disciplina.

Es por ello que no parece ocioso volver la vista atrás hacia ese *Diccionario* que está editando la Real Academia de la Historia

¹ Eric HOBSBAWM: *Sobre la historia*, Barcelona, Crítica, 2002 [1997], p. 7.

(RAH). Ni que decir tiene que este ejercicio presenta inevitables límites. Resultaría imposible elaborar un escrutinio exhaustivo de una obra de 50 tomos y más de 40.000 entradas, y seguiría siéndolo aunque nos limitáramos a las voces referidas a la edad contemporánea. Con todo, cuando ha pasado la cresta de la ola mediática y sigue su elaboración, este texto pretende al menos proyectar sobre el *DBE* una mirada «académica» provisional que incluya esas cuestiones generales y su contextualización².

Raíces y retos de una obra

La polémica estalló a finales de mayo de 2011. Tras la presentación de sus primeros 25 tomos, el día 26 de ese mes, algún periodista los hojeó en busca de entradas significativas y se llevó la sorpresa, y la primicia. El sábado día 28, el diario *Público* empezaba a tirar del hilo recogiendo lo más sonado de las entradas dedicadas a Franco y José María Aznar. Empezaba así un goteo diario de voces discutibles, reportajes críticos, opiniones y editoriales en muchos medios de comunicación. Durante dos semanas fue una de las estrellas del debate público. Cuatro días después de la presentación, lunes 30, los Ministerios de Educación y Cultura pedían la revisión de las biografías que no respondiesen «a la necesaria objetividad de los trabajos académicos». Dos días más tarde se exigía desde los grupos de izquierda la retirada de los 25 tomos y la cuestión saltaba a medios internacionales como *The Guardian* y *La Repubblica*. Antes de que acabara esa semana circulaban ya manifiestos y recogidas de firmas contra el *Diccionario* y un comunicado de la RAH anunciaba la creación de una comisión que habría de revisar el trabajo³.

La cosa no surgió de la noche a la mañana. Arranca doce años atrás, cuando la Academia afronta la más vasta empresa en sus casi tres siglos de existencia. Construir un diccionario biográfico era una añeja aspiración de la institución desde sus orígenes en 1735, pero su momento no llegó hasta que confluyeron mucho después

² Deseo hacer constar mi agradecimiento a Carmen Sanz Ayán y Jaime Olmedo por la cordial acogida, ayuda e informaciones que me dispensaron en la RAH. La referencia de la obra es *Diccionario Biográfico Español*, Madrid, RAH, 2009-2012.

³ *Público*, 28 de mayo de 2011, pp. 38-39; *El País*, 31 de mayo de 2011, pp. 42-43, y 1 de junio de 2011, pp. 42-43.

la dirección de Gonzalo Anes y el interés que despertó en los gobiernos de Aznar. Al ser elegido para dirigir la RAH en 1998, el primero lo destacaba como su objetivo principal. Cuando firmaba el convenio que le daba luz verde y financiación, siete meses después, aplaudía el respaldo personal del segundo al proyecto. El 21 de julio de 1999, echaba a andar con la firma de Anes y el entonces ministro de Educación y Cultura Mariano Rajoy. El objetivo era ofrecer un enorme caudal de semblanzas de personajes de la historia española y equipararnos así con otros países de nuestro entorno que ya las tienen⁴.

Pero una mirada crítica llevaría a especular sobre si era lo único en juego, y sugiere al menos tres interrogantes. El primero es si era mera coincidencia que el *DBE* se acometiera bajo los auspicios de gobiernos conservadores. Quizá sea útil recordar que los ejecutivos de Aznar no pasaron a la posteridad como campeones de la gestión aséptica del pasado. Mostraron ya desde su primera legislatura (1996-2000) una acusada tendencia a difundir una determinada representación del ayer patrio. Primero con el frustrado decreto sobre la enseñanza de las humanidades de Esperanza Aguirre, y luego con el ministerio de Pilar del Castillo, batallaron por reforzar el tronco «unitario» de la historia española. Había poco de nuevo en ello: tras su apariencia moderna y sus pretensiones de combatir los «excesos» de los nacionalismos periféricos, afloraba una visión deudora de la historiografía nacionalista decimonónica⁵.

Por esos mismos años, recorría los medios historiográficos un debate sobre los nacionalismos españoles. Surgió en buena medida como respuesta a un libro coral que volcaba unas *Reflexiones sobre el ser de España* imbuidas de un españolismo esencialista. La institución que lo elaboraba había estado históricamente vinculada a la construcción de la nación española, conserva no poco de sus usos decimonónicos y su director reconoce que «es muy conservadora en sus ritos». Hablamos de la RAH⁶. Y otra casualidad: apenas dos

⁴ *La Vanguardia*, 19 de diciembre de 1998, p. 54; *ABC*, 10 de julio de 1999, p. 49, y 21 de julio de 1999, p. 3.

⁵ José María ORTIZ DE ORRUÑO (ed.): «Historia y sistema educativo», *Ayer*, 30 (1998), y Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN *et al.*: *La gestión de la memoria*, Barcelona, Crítica, 2000.

⁶ *El País*, 4 de junio de 2011, p. 41. El libro es *España. Reflexiones sobre el ser de España*, Madrid, RAH, 1998, y Anna María GARCÍA ROVIRA (ed.): «España, ¿nación de naciones?», *Ayer*, 35 (1999).

meses después de aprobar la subvención para el *DBE*, el Gobierno de Aznar pedía a la Academia un informe sobre la enseñanza de la historia. Semanas después, decía por boca de su director no poder quedar al margen de los «disparates» y «tergiversaciones» que veía en muchos manuales, y en junio del año siguiente hacía público un severo informe que levantaría una intensa polvareda política. El texto fiscalizaba los riesgos de poner la enseñanza de la historia al servicio de identidades nacionalistas, pero parecía verlos sólo en aquellas promovidas en las comunidades autónomas, mientras que demandaba salvar los «elementos comunes» del «proceso histórico» de la nación española, y lamentaba que hubiera quedado «en suspenso» el proyecto de Aguirre justo cuando la nueva ministra preparaba otro plan similar⁷.

Una segunda cuestión se refiere a la propia RAH, porque construir semejante diccionario biográfico podía ser visto para ella como una gran oportunidad: la de poner al día una Academia que para el común de la ciudadanía era desconocida y para muchos historiadores un apéndice de la profesión que vive de glorias pasadas y donde apenas entra aire fresco. El sentido que pudo tener en el siglo XIX y parte del XX, esto es, ejercer de guardiana oficial de la historia nacional, es como poco discutible hoy en día⁸. La pluralidad de modos de relatar el pasado en democracia y el hecho de que el grueso y lo más puntero de la producción historiográfica provenga de las universidades y no pase por la RAH alejan cada vez más a esta del centro de gravedad de la disciplina. No ayudan además a evitarlo sus viejos rituales, sus opacos mecanismos de cooptación o la provecata edad media de los académicos. El *DBE* podía aspirar a aportarle el lustre y legitimidad que tienen otras academias más abiertas a la sociedad, como la Española de la Lengua, sobre todo si lograba representar a la disciplina y resultar creíble para la sociedad. Veremos si eso ha sido así.

Por último, un tercer interrogante plantea si una obra de esas características sigue teniendo hoy tanto sentido como cuando se acometió en otros países. El *DBE* llega cuando queda muy atrás

⁷ *ABC*, 15 de octubre de 1999, p. 48. El informe en <http://www.filosofia.org/his/h2000ah.htm>.

⁸ Ignacio PEIRÓ: *Los Guardianes de la Historia. La historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1995, y Benoît PELLISTRANDI: *Un discours national? La Real Academia de la Historia entre science et politique (1847-1897)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2004.

la «edad de oro» de los diccionarios biográficos *nacionales*. Lo hace mucho después de los iniciados entre mediados y finales del siglo XIX, empezando por el modelo a seguir que fue la *Biographie Nationale* belga (1866-1944) y siguiendo por los de Francia (1853-1866), Alemania (1875-1912) o Reino Unido (1885-1901). También es tardío respecto de los acometidos entrado el XX en Estados Unidos (1928-1936), Francia (1932-), Alemania (1953-) e Italia (1960-). Incluso podría verse un retraso significativo comparado con los dos más recientes, el *New American National Biography* y el *Oxford Dictionary of National Biography*. Ninguno de los dos parte de cero, porque suceden a sus predecesores; y son publicados en 1999 y a partir de 2004, respectivamente, pero los trabajos habían comenzado en 1984 en un caso y en 1992 en el otro⁹.

Esas fechas suponen para el *DBE* una demora de sólo unos años, pero hay que atender a un factor tecnológico crucial que no estaba a primeros de los años noventa y sí a finales. El proyecto del *Diccionario* se aprobaba justo cuando internet empezaba a entrar en todos los hogares, se elaboró en paralelo al hundimiento de las obras enciclopédicas en papel y ha visto la luz cuando la red es un oceánico repositorio de información actualizable a un ritmo vertiginoso. Toda esa información requiere innumerables filtros y contrapesos, y tal vez ahí podría encontrar su sitio el *DBE*. Ahora bien, eso haría más explicable su edición digital que la impresa. En tales obras el coste en papel se dispara. Resultan obras utilísimas para lectores y sobre todo estudiosos; pero los inmensos recursos humanos, intelectuales y económicos que movilizan durante largos años dejan servida la crítica a quienes esgrimen que podrían haberse dirigido a otras empresas más innovadoras o a infinidad de trabajos monográficos, por ejemplo de jóvenes investigadores. La actualización, revisión y corrección de estas obras en formato papel se antojan lentas y gravosas, y eso en el caso de que exista la voluntad de afrontarlas. Y está claro que las posibilidades que ofrece el formato digital son infinitamente mayores, por ejemplo para búsquedas y cruces de información. De hecho, parece asumido que el futuro de estas obras está en ser recursos electrónicos en línea, de amplio y fácil acceso y vinculados a otros proyectos y bases de datos¹⁰.

⁹ Véase Marcello VERGA: «Il dizionario è morto. Viva i dizionari! Note per una storia dei dizionari biografici nazionali in Europa», *Storica*, 40 (2008), pp. 7-32.

¹⁰ James RAVEN: «*The Oxford Dictionary of National Biography*: Dictionary

Con todo, el debate alcanza también a cuestiones más allá de lo técnico y material. Para empezar, apenas podrá cuestionarse que, si en algo ha «progresado» la escritura de la historia durante el último siglo, es en que es cada vez menos un relato de reyes y batallas, de individualidades y acontecimientos, y más de actores colectivos y de fenómenos y procesos sociales y culturales. Eso no quiere decir que sea bueno ni factible desterrar a los individuos y eventos de nuestros trabajos, y de ello dan fe el franco y enérgico regreso de las biografías y la actual proliferación de diccionarios biográficos temáticos. Pero presenta al menos algún dilema a empresas enciclopédico-biográficas cuyo formato mismo parece arrastrar hacia los añejos senderos de la historia positivista, aunque sólo sea porque tiende a incurrir en la «ilusión biográfica» de las trayectorias vitales lineales y autónomas de su contexto, y porque también en los relatos históricos la forma determina y participa del contenido¹¹.

No es además lo único de la disciplina que plantea retos para estas obras. Otro de sus desarrollos en el Novecientos es que intenta ser menos dependiente del poder y de la construcción de sus identidades. El desafío para los grandes diccionarios biográficos es obvio. Se fraguaron en el siglo XIX como genealogías de la patria que edificaban la comunidad nacional a través de las vidas y obras de sus integrantes. Hoy han perdido ese *leitmotiv* esencial, pero la continuidad formal de estas obras con el modelo decimonónico hace que corran el peligro de reproducir por inercia algo del viejo espíritu¹². Y, finalmente, otro legado de la historiografía reciente es aceptar que no existen versiones definitivas de la historia, dado que su conocimiento no resulta de un mero proceso acumulativo de vestigios, datos y erudición. Es lugar común afirmar que las obras de los historiadores dicen tanto del pasado historiado como de su propio presente. Estos diccionarios no son una excepción. Reflejan lo que conoce y escribe sobre la historia una generación, y buena parte de su éxito depende de hasta qué punto la sociedad y sus historiadores se reconozcan en sus páginas. Razón de más para procurar que así sea.

or Encyclopaedia?», *The Historical Journal*, 50 (2007), pp. 991-1006, esp. p. 994, y Roy ROSENZWEIG: *Clio Wired: The Future of the Past in the Digital Age*, Nueva York, Columbia UP, 2010, pp. 60 y 72.

¹¹ Pierre BOURDIEU, «L'illusion biographique», en *id.*: *Raisons pratiques: sur la théorie de l'action*, París, Seuil, 1994, pp. 81-89, y Hayden WHITE: *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992 [1987].

¹² Marcello VERGA: «Il dizionario è morto...», pp. 14 y ss., y 27-31.

El *Diccionario* de la polémica

El *DBE* arrancó nada más firmarse el convenio de 1999. En 2003, su director técnico informaba del proceso de trabajo. Para llevarlo a cabo estaban, por arriba, la dirección científica de G. Anes y una serie de comisiones compuestas de académicos que se ocupaban de supervisar y sugerir personajes y biógrafos. Y por abajo, llevando con mucho el peso de la obra, un equipo formado por el director técnico, un académico coordinador, una coordinadora de edición y ocho documentalistas¹³. La presentación de sus primeros 25 volúmenes tenía lugar en 2011. Suponían sólo la mitad del total, pero se mostraban ya las dimensiones de una obra monumental que va a sumar 50 tomos de 850 páginas cada uno y que en conjunto supera las 40.000 biografías y los 5.500 autores. Las entradas, de entre media y ocho páginas en función del «rango» del biografiado, corresponden a «personajes destacados en todos los ámbitos del desarrollo humano y en todas las épocas de la historia hispana» desde el siglo III a.C. hasta la actualidad y comprendiendo tanto España como «los territorios de ultramar y los transpirenaicos que formaron lo que suele denominarse la Monarquía Hispánica»¹⁴.

La acogida que recibió la obra no fue la mejor. Levantó en su contra un clamor que pocas empresas editoriales habrán conocido. En no exiguos segmentos de los *mass media*, las redes sociales, la cultura, la historiografía y aun la clase política, se produjo toda una movilización de protesta ante lo que del *Diccionario* se iba filtrando. Entre los historiadores, fueron sobre todo los contemporaneístas, con artículos de opinión, alguna mesa redonda y luego iniciativas editoriales quienes responden en mayor o menor medida a la obra¹⁵. Pero antes, y al margen de ellos, hubo también titulares

¹³ *ABC*, 16 de agosto de 2003, «Cultural», p. 5, y 16 de junio de 2009, p. 65. Las comisiones que han colaborado se dividen en cinco de las permanentes de la RAH, siete especiales para el *DBE* y dos externas a la Academia.

¹⁴ Jaime OLMEDO: «El *Diccionario Biográfico Español* de la Real Academia de la Historia», *Cercles. Revista d'història cultural*, 10 (2007), pp. 82-101, esp. pp. 97-98. Recuperado de internet ([http://www.rah.es/pdf/Dossier%20presentaci3n%20DBE%20\(9-6-2009\).pdf](http://www.rah.es/pdf/Dossier%20presentaci3n%20DBE%20(9-6-2009).pdf)).

¹⁵ Ángel VIÑAS (ed.): *En el combate por la historia. La República, la guerra civil, el franquismo*, Barcelona, Pasado y Presente, 2012. El libro es bastante más que un «contra-diccionario».

de periódicos y tertulias de radio, manifiestos y recogidas de firmas, iniciativas parlamentarias y declaraciones ministeriales e incluso alguna concentración ante la sede de la propia RAH.

A un año vista, la contundencia de algunas reacciones bebía en parte de su preciso contexto. El tramo final de mayo y el inicio de junio de 2011 fueron jornadas de una intensa movilización social y política que se conoció como movimiento «15-M» o de los «indignados». Fueron, en efecto, días de indignación colectiva contra «los de arriba» y de búsqueda y expresión de modos de actuación alternativos «desde abajo». En ese marco, puede que hubiera impostadas rasgaduras de vestiduras y quienes usaran el *DBE* para volcar enojos y energías, y también que todo aquello tuviera que ver con las palabras gruesas que se obsequiaron a la obra. Sea como fuere, lo que se difundía del *Diccionario* representó para muchos un motivo de indignación más ante lo que venía de las instituciones, y eso llevó su visibilidad a cotas impensables en otra coyuntura.

Algunas palabras, además de gruesas, fueron injustas. Acaso por la inmediatez y el titular fácil que imponen los medios, se tomó la parte por el todo. Se fiscalizó la obra sin tener en cuenta el caudal de información que aporta o el tiempo récord en que se ha elaborado y que la sitúa por delante de empresas similares como el *Oxford DNB* (con entradas no siempre de nueva planta) y el *Dizionario Biografico degli Italiani* (que se inició en 1960 y aún va por la letra M). Añádase que las primeras opiniones y análisis se fundaron a menudo en la apresurada lectura, y a veces ni eso, de un pequeño ramillete de biografías de la primera mitad del siglo xx, demasiado poco para enjuiciar una obra de 50 tomos y 42.500 páginas. La impresión general entre los especialistas es que las contribuciones sobre historia antigua, medieval o moderna, o sobre historia de la ciencia, el arte, la música, las letras y la economía, son en general sólidas y solventes. Incluso parece serlo sobre la mayoría de las relativas a la edad contemporánea. En ese sentido, algunos titulares pecaron de desmesura. El más evidente era tal vez acusar en bloque al *DBE* de negar la naturaleza dictatorial del régimen franquista porque no se le calificara así en la biografía de Franco, cuando decenas o cientos de otras entradas sí lo hacen¹⁶.

¹⁶ Entre otras, las de Arias Navarro y Carrero Blanco, escritas por Pilar Toboso (*DBE*, vol. V, pp. 326-329, y vol. XI, pp. 703-709, respectivamente) o las de Bena-

No obstante, hay argumentos para sustentar un análisis crítico. Una parte de las biografías chirría tanto que arroja sombras sobre el conjunto del *DBE*. El ejemplo más espectacular es de nuevo la entrada sobre Franco. No sólo incurre en sutiles y no tan sutiles equívocos y está trezada con un asfixiante tono apologetico que lo presenta como valeroso militar y clarividente estadista. Es además capaz de no dedicar una sola palabra a su carácter furibundamente antidemocrático, a la fase de autarquía o los sangrientos orígenes de su régimen. En toda una pirueta retórica, consigue no emplear los términos «dictadura», «dictador» o «represión», y, a cambio, la primera definición del personaje junto a su nombre y datos de nacimiento y muerte es «Generalísimo y jefe del Estado español»¹⁷. Hay bastantes botones de muestra más. En todo caso, y más allá de los ejemplos concretos, la cosa parece remitir a retos mal resueltos en la planificación de la obra. Sus vastas dimensiones no hacen posible aquí sino una aproximación exploratoria. Lo que sigue, aunque sea una minúscula parte del *DBE* y se centre sólo en un periodo específico, se asienta en la consulta de unas 300 voces correspondientes a personajes del Novecientos español presentes en los tomos I a XXV.

Lo primero que cabe observar es que la mayor parte de las biografías son correctas, útiles y pertinentes, y que las cuestiones que pueden suscitar son diferencias menores o de detalle. Con todo, aquí y allá, otras entradas generan escollos mayores. Algunas plantean dudas sobre los criterios de elección de los biografiados. Entre más de 40.000 personajes, ha de haber de todo, pero hay ejemplos de dudosa relevancia histórica. Es el caso, entre otros, de aquel cuyas credenciales son ser el «primer tripulante de cabina de pasajeros» varón, o el de tres hermanos de familia noble, dos de los cuales figuran a título de «pioneros en el sector del vino y del aceite» y su hermana como gran cazadora y benefactora¹⁸. En casos así, los

vides Orgaz y Enrique Eymar, firmadas por Juan José del Águila (*DBE*, vol. VII, pp. 726-727, y vol. XVIII, pp. 182-183).

¹⁷ *DBE*, vol. XX, pp. 607-612, con autoría de Luis Suárez Fernández. Entre otras perlas está llamar «Constitución» a la Ley Orgánica del Estado de 1966. Contrasta esto con la entrada de Carlos Seco sobre Azaña, que aporta como primicia la categoría de «gobierno prácticamente dictatorial» para definir el de Negrín (*DBE*, vol. VI, p. 324).

¹⁸ Entradas de Fernando Castrillo (*DBE*, vol. XII, pp. 542-544, firmada por Cecilio Yusta) y de los hermanos Carlos, Fernando y María Rocío Falcó y Fernán-

contenidos y tono parecen más propios de crónicas de sociedad que de un diccionario histórico. Luego está la asidua presencia de un grupo particular como es el de los asesinados durante la Guerra Civil en la zona republicana. Aunque más que su mera presencia, lo llamativo es que aparecen no por sus vidas sino por cómo murieron —que es a lo que más espacio y despliegue retórico se dedica—, que suman decenas de ellos (por el número de biografías y porque algunas se hacen colectivas e incluyen hasta a doce personas «martirizadas» en el mismo lugar), que no hay nada parecido sobre los asesinados al otro lado de las trincheras, y desde luego que rezuman un intenso tono hagiográfico-martirial más propio de géneros y formatos de otro tipo¹⁹.

En realidad, ni esos tonos se limitan a las entradas de «mártires», ni el diferente trato se da sólo entre las víctimas de unos y otros. Hay que volver a decir que ocurre únicamente con una parte mínima del *DBE*, pero causa estupor, por ejemplo, que una entrada se refiera al «bandolerismo asesino de los *maquis*», como los presentaban los mandos franquistas. Y ofende al buen gusto histórico y moral que en varias biografías se nombre la contienda de 1936-1939 como «Alzamiento» o «Movimiento Nacional», «Guerra de Liberación», «dominación roja» e incluso «verdadera Cruzada», como si estuvieran escritas en plena hora cero de la posguerra y no sesenta y cinco años después²⁰.

Se ha afirmado, con razón, que semejantes dislates reflejan la connotación ideológica reaccionaria de algunas biografías. Pero ideología tenemos todos, e incluso se puede traslucir sin incluir cosas así. Por ello, cabe añadir a ella algunos factores complementa-

dez de Córdoba (*DBE*, vol. XXI, pp. 329-337, firmadas las tres por Iván Moreno de Cózar, conde de los Andes).

¹⁹ De hecho, una de las autoras de tales entradas coordinó la obra de María Encarnación GONZÁLEZ (ed.): *Quiénes son y de dónde vienen. 498 mártires del siglo XX en España*, Madrid, Edice, 2007, muchos de cuyos biografiados repiten en el *Diccionario*. Dos de las firmas son «colectivas» y recogen a diez mujeres de Acción Católica y once sacerdotes, respectivamente, «martirizados» en Valencia y beatificados en 2011 (*DBE*, vol. I, pp. 28-30, firmada por Amalia Abad, y vol. VI, pp. 640-643, firmada por Vicente Ballester).

²⁰ Véase *v. gr.*, tres de las entradas firmadas por José Martín Brocos sobre los militares Carlos Asensio (*DBE*, vol. V, pp. 766-770), Barba Hernández (*DBE*, vol. VI, pp. 761-763) y Antonio Barroso (*DBE*, vol. VII, pp. 236-240), o las de Ángel Martín Rubio sobre Aranda (*DBE*, vol. IV, p. 750) y Fernando de Salas sobre Joaquín Arrarás (*DBE*, vol. V, pp. 548-549).

rios. Por una parte, los desatinos proceden también del uso de las fuentes. Buena parte de las biografías de «mártires» vuelcan o «intertextualizan» párrafos enteros de sus expedientes de beatificación, y lo mismo ocurre con las hojas de servicios en el caso de numerosos militares del bando franquista. Puede así aparecer como primera definición de los biografiados la de «mártir y beato» y describirse sus vidas como dechados de piedad, virtud, «vocación y caridad», y sus muertes en términos de «fue sacrificada», «alcanz[ó] la palma del martirio» o «murió mártir de Jesucristo». Se califica a los republicanos una y otra vez como «el enemigo» o los «rojos», y a los rifeños como «la morería». Se describen con tonos épicos las bravas acciones de guerra siempre contra «nutrido fuego» y poderosos enemigos. O es posible que la práctica totalidad de una biografía provenga tal cual de su expediente militar²¹.

Por otra, eso muestra los riesgos de incorporar a quienes no están familiarizados con las técnicas de la disciplina. No se trata de una burda defensa corporativa, pero se aprecia una notable diferencia entre las entradas de los historiadores profesionales, por lo común sólidas, y las de quienes no lo son, donde a menudo se hallan los aspectos más desafortunados. Ahora bien, eso debe ponerse en relación con otra cuestión. No son raros los autores ligados a fundaciones e instituciones próximas o vinculadas a los personajes cuyas vidas retratan. Cae por su propio peso que requisito básico en toda biografía que se precie es que haya una mínima distancia entre el biógrafo y su biografiado. No se puede decir que haya sido una máxima de obligado cumplimiento. Podía ser quizá previsible la lisonjera amabilidad de las entradas sobre apoyos del DBE como la Casa Real, Aznar o Botín. Otros casos hallan menos acomodo. De las voces de no pocos combatientes al lado de Franco se ocupan autores cercanos al ejército que muestran hacia ellos nada veladas simpatías. Las muy numerosas de «mártires» corren a cargo de personas y comunidades relacionadas con sus procesos de beatificación. Y bastantes otras las firman colaboradores, amigos e incluso parientes de los biografiados. Algunas voces muestran que no sólo ha sucedido con los de un determinado per-

²¹ *Vid.*, por ejemplo, las ya citadas sobre Amalia Abad, Asensio y Barroso, o las de Mariano Adradas (DBE, vol. I, pp. 480-482) y Honorio Ballesteros (DBE, vol. VI, p. 663), ambas firmadas por José Martínez Gil, OH, y la de María Baldillou (DBE, vol. VI, pp. 618-619, firmada por María Luisa Labarta, SChP).

fil político. Para sortear posibles equívocos, podría, por ejemplo, haberse evitado encargar las de Durruti, Felipe González, Marcelino Camacho, Dolores Rivas Cherif o los abogados de Atocha a biógrafos o fundaciones cercanas. Con todo, no es en esos casos donde están los problemas, sino en otros.

Alguno es bien conocido. No es exactamente distancia crítica lo que permea entradas como las del golpista general Armada, redactada por su yerno, o Esperanza Aguirre, firmada por un exsecretario de Estado de su Ministerio. Y luego está de nuevo la de Franco. Su autor, honorable medievalista, es presidente de la Hermandad del Valle de los Caídos, una figura clave de la Fundación que lleva el nombre del dictador y, como tal, custodio de sus documentos y prolífico defensor de sus «logros y realizaciones». Como además pertenece al Opus Dei, quién mejor para la entrada sobre su fundador, que incluye argumentos tan científicos como que el «Señor» le hizo ver la solución a algunos problemas jurídico-organizativos. El biógrafo se llama Luis Suárez Fernández, y no sólo es veterano académico de la RAH, sino además una figura capital del DBE porque nadie está en tantas comisiones del *Diccionario* como él. Lo cual nos lleva a la labor de selección y supervisión de todo el trabajo que deberían ejercer las comisiones. La mayoría de las entradas menos afortunadas corresponden al ámbito de las de historia eclesiástica e historia militar. Entre los tres miembros de la primera figuraban Suárez y el cardenal arzobispo de Madrid Ángel Suquía, y la segunda es externa a la RAH y sus integrantes son siete militares de alto rango²².

Un test de 50 casos...

Ante todo esto, la pregunta resulta obvia. Son de primer nivel los problemas cualitativos que plantea una parte de la obra, pero ¿hasta qué punto es significativa? Una manera de contrastarlo podría ser ponderar las biografías de una serie de personajes de indiscutible trascendencia. Es lo que hemos hecho aquí eligiendo

²² Aunque también es externa la Comisión de Ciencias y Aplicaciones y no se detectan tales problemas. En concreto, Suárez está en cinco de las doce comisiones de la Academia.

a 50 actores históricos fundamentales de la Segunda República y la Guerra Civil²³.

El resultado de esta exploración responde sólo al falible parecer de quien esto firma, pero parece confirmar algunas cosas. Una vez más, la mayor parte de las entradas son consistentes. Podría decirse en los términos de los informes a los que es norma someter los artículos enviados a las publicaciones científicas, por ejemplo *Ayer*. Si esto fuera una de sus evaluaciones, hasta en 31 de las 50 biografías nuestro juicio sería que «se recomienda la publicación en el estado actual» del texto (9) o apenas «con algunas correcciones de detalle» (22). Se caracterizan en general por estar redactadas por especialistas en temas cercanos a los biografiados y por respetar los usos de la escritura académica, y las correcciones propuestas no serían de calado. Remitirían a lo sumo a matizar expresiones de elogio o condena del personaje, a alguna sombra o eufemismo sobre su silueta histórica, a la actualidad y solvencia de la bibliografía aportada, a algún error puntual, o a la inevitable y saludable diferencia que siempre existirá entre evaluador y evaluado respecto de la interpretación de hechos y contextos²⁴.

²³ Para ello hemos determinado a los cincuenta más citados, con apellidos iniciados por las letras A a H (tt. I-XXV), en siete obras de referencia: Gabriel JACKSON: *La República española y la guerra civil*, Barcelona, Crítica, 1976; Gabriele RANZATO: *El eclipse de la democracia. La guerra civil española y sus orígenes, 1931-1939*, Madrid, Siglo XXI, 2006 [2004]; Santos JULIÁ (coord.): *República y guerra en España (1931-1939)*, Barcelona, Espasa, 2006; Paul PRESTON: *La Guerra Civil española*, Madrid, Debate, 2006; Gabriel CARDONA: *Historia militar de una guerra civil*, Barcelona, Flor del Viento, 2006; José-Carlos MAINER: *Años de vísperas. La vida de la cultura en España (1931-1939)*, Madrid, Espasa, 2006, y Julián CASANOVA: *República y guerra civil*, Barcelona, Crítica-Marcial Pons, 2007.

²⁴ Las nueve mejor valoradas serían las de Aguirre (escrita por De la Granja), Alba (Martorell), Alberti (Senabre), Araquistáin (Fuentes), Companys (Sánchez Cervelló), Domingo (Sánchez Cervelló), García Lorca (García Posadas), Goicoechea y Hedilla (Gil Pecharromán), y las restantes son las de Albornoz (Girón), Melquiades Álvarez (Álvarez Tardío), Álvarez del Vayo (Martín Nájera), Azcárate (Aguado), Batet (Montero), Berenguer (Rodríguez Labandeira), Besteiro (Álvarez Tardío), Cabanellas (Egea Bruno), Cambó (Cuenca Toribio), Casado (Silvela), Chapaprieta (Cuenca Toribio), Rodezno (Pérez Olló), Durruti (Abel Paz), Fernández Cuesta (Gil Pecharromán), Galán (Ramiro de la Mata), Franco (Jesús Salas Larrazábal), García Oliver (Pelai Pagès), Gil Robles (Álvarez Tardío), Giménez Caballero (Selva Roca), Giménez Fernández (Álvarez Rey), Giral (Puerto) y González Peña (Martín Nájera). Entre los errores estaría ubicar en Barcelona el asalto a la cárcel Modelo de agosto de 1936 y no en Madrid (*DBE*, vol. XXIII, p. 125, voz de Giral).

La otra cara de la moneda es que hay otras 19 entradas sobre las que el dictamen podría ser que requieren «modificaciones sustanciales» (15) o que «no se recomienda su publicación» en absoluto (4). Sobre las primeras, la tipología es variopinta. A menudo se trata de la presencia de las anteriores cuestiones que, ahora agravadas, permean el tono y arquitectura de los textos. Hay yerros del calibre de definir a Casares Quiroga como «presidente del último Gobierno de la Segunda República» y en la misma voz fijar las elecciones de 1936 el «11 de febrero» en lugar del 16. Se cuestionan o niegan, asimismo, «hechos» y análisis consensuados por el grueso de la más sólida literatura histórica —o que suponen regresar a categorías y visiones que parecían superadas—. En la entrada sobre Goded, la Komintern «había señalado el día “R” (primeros de agosto) para el asalto al poder» en 1936, y en la de Carrillo el 18 de julio «proporcionó al largocaballerismo» la ocasión de llevar a cabo «la prometida liquidación, por vía revolucionaria, de la República», y el resultado fue «la revolución socialista de milicias, sindicatos y checas» y «una política de terror revolucionario que compartieron todas las organizaciones del Frente Popular».

Tampoco faltan derroches encomiásticos o anatemizadores de los biografiados (o de sus rivales) y el olvido de sus aspectos menos amables. Algunas biografías exudan una espesa animadversión, cuando no desprecio. Azaña es puro «sectarismo», «resentimiento» o «intransigencias». Casares acumula «incoherencia», ventajismo, «indecisión» y un «borrón negro» tras otro. Las cuestiones doctrinales «superan con mucho los recursos intelectuales» de José Díaz, y de paso Ibárruri, y *el Campesino* resulta un inculto y despiadado miliciano que desertó, quemó y asesinó sin cuento. En otras, sucede lo contrario. Se podía haber esperado loas y blanqueamientos en la biografía de Durruti encargada a un libertario, pero se queda muy lejos de otras firmadas por respetables académicos. La entrada sobre Alfonso XIII rezuma comprensión hacia quien fuera «víctima» de manejos ajenos. En la suya Calvo Sotelo es un campeón de la democracia municipal radicalizado sólo por el contexto tardo-republicano. Dávila resulta un abnegado y discreto militar cuyo «alzamiento» en 1936 sólo era para «velar por la normalidad y el orden» y por su «absoluta fidelidad al generalísimo». La que retrata a Gomá logra soslayar su alineamiento con las posturas más integristas de la jerarquía episcopal de los años treinta, e incluso no decir

una sola palabra de su justificación teológica de la «Cruzada» ni de la «Carta Colectiva» de 1937. La dedicada al XVII Duque de Alba, amén de pasar de puntillas sobre su papel político, supone un agotador derroche de loores y elogios hacia quien fuera durante un cuarto de siglo director de la RAH, firmado por quien ahora ocupa el mismo cargo²⁵. Y aún faltarían las cuatro biografías peor valoradas. Una de ellas es la de Franco. Las otras tres, del aviador Ansaldo y de los generales Asensio y Fanjul, son insípidas y tediosas relaciones de sus acciones militares, «méritos» y «servicios de guerra», distinciones y ascensos, sin la menor depuración del lenguaje ni más información, y muy lejos de lo que cabría esperar en una obra como ésta²⁶.

... y un balance necesariamente abierto

Hemos hecho lo que cualquiera puede hacer: «ejercer su derecho a examinar los libros de Historia». Lo decía el director de la RAH en junio de 2000 al defenderse de las críticas al informe que la Academia había emitido sobre la enseñanza de la historia. «Leer y dar su opinión sobre lo que ha leído»²⁷. Lo mismo se puede decir y hemos tratado de hacer hoy ante ese inmenso libro de historia que es el *DBE*.

El *Diccionario* dista de hablar a una sola voz. La gran mayoría de sus miles de entradas parece adecuarse a los cánones de un tra-

²⁵ Véanse las entradas de Alfonso XIII (*DBE*, vol. II, pp. 750-754, firmada por Carlos Seco Serrano), Azaña (*DBE*, vol. VI, pp. 322-326, firmada por Carlos Seco Serrano), Calvo Sotelo (*DBE*, vol. X, pp. 545-553, firmada por José Rodríguez Labandeira), Casares (*DBE*, vol. XII, pp. 159-163, firmada por Ángeles Hijo), Dávila (*DBE*, vol. XV, pp. 633-638, firmada por José María Gárate), Díaz (*DBE*, vol. XVI, pp. 188-190, firmada por Luis Arranz), Durruti (*DBE*, vol. XVI, pp. 742-745, firmada por Abel Paz), Gomá (*DBE*, vol. XXIII, pp. 265-269, firmada por Luis M. Aparisi) y Jacobo Fitz-James (*DBE*, vol. XX, pp. 151-155, firmada por Gonzalo Anes). Junto a las citadas en el texto, completan este grupo las entradas de Alcalá-Zamora (firmada por Seco Serrano), Aranda (Martín Rubio), Aznar (Brocos) y Fal Conde (Asín).

²⁶ *DBE*, vol. IV, pp. 416-418 (Ansaldo, firmada por Emilio Herrera); vol. V, pp. 766-770 (Asensio), y vol. XVIII, pp. 372-377 (Fanjul), las dos últimas firmadas por el citado Brocos, quien acumula más biografías (cuatro) dentro de estas cincuenta.

²⁷ *ABC*, 2 de junio de 2000, p. 44.

bajo de estas características. Dicho lo cual, una parte rechina de modo tan nítido que las notas discordantes alcanzan al conjunto de la orquesta. El proyecto era ambicioso y prometedor. Pero por ese alcance, aspiraciones y dimensiones no es un trabajo que se pueda juzgar como los demás, y deberían haberse extremado las cauteles para tensar cuerdas y afinar voces. En ese sentido, varias cosas podrían haber sido útiles. Una es abrir la tarea de coordinación y supervisión más allá de la RAH, o contar con protocolos de evaluación externa independientes, como hacen las revistas y otros diccionarios biográficos nacionales. Otra es ampliar los plazos previstos y el equipo de trabajo para cumplir mejor todos los pasos del proceso. Y otra consistiría en redoblar las atenciones ante las entradas y épocas potencialmente más sensibles y prever mecanismos de resolución de posibles conflictos y problemas.

Porque problemas ha habido. Tres al menos podrían ser los ámbitos de una valoración crítica. En primer lugar, la obra contiene aspectos que se oponen a las más básicas reglas del método historiográfico. Hay interrogantes sobre la elección de los biografiados y de biógrafos sin la obligada distancia mínima hacia los primeros, o sobre la extensión de cada biografía²⁸. Resulta chocante que algunas biografías hagan todo lo contrario de lo que dictaban las explícitas normas de la RAH sobre cómo escribirlas, según las cuales el autor «se abstiene de dar su propia valoración», «que no debe traslucirse», porque la redacción ha de ser «neutra» y los datos «objetivos y documentados, evitando la incursión en terrenos de subjetividad o hipótesis» y centrándose en la «historia externa» del individuo²⁹. Y, en suma, surgen dudas sobre la labor de supervisión de las comisiones, que deberían haber garantizado revisar toda la obra más allá del apartado formal. En esa falta de un control de calidad y en la preferencia de los comisionados a la hora de adjudicar(se) entradas, y no en el equipo de trabajo, parece estar la clave. Como resultado, y aunque parezca injusto, esa parte mínima del DBE hace que muchos historiadores y lectores no puedan reco-

²⁸ Si el criterio debía ser el «rango» histórico del biografiado, sorprende que, de las mencionadas cincuenta biografías, las más extensas correspondan por este orden a Calvo Sotelo, Berenguer, Alba, Cambó, Dávila y Giral, por delante incluso de la de Franco; que la primera de ellas doble en extensión a las de Alfonso XIII y Azaña, o que estas dos últimas sean más cortas que las de Aranda, Asensio y Fanjul.

²⁹ DBE, vol. I, p. 17.

nocerse en él. Son pocas voces, pero acaban siendo como esas páginas, las primeras o más veces abiertas, por las que un libro siempre tiende a abrirse. Y lo que muestran se parece más a una escritura histórica con olor a naftalina que a los desarrollos y debates actuales del grueso de la disciplina.

En segundo lugar, la crítica no implica negar el libre albedrío de los biógrafos, argumento caro a los responsables del *DBE* cuando arguyen que la falta de «censura» hace del *Diccionario* un «monumento a la libertad de expresión». Aunque sea invocada a menudo, y ahora con nuevos bríos entre nosotros, sería ingenuo olvidar que la objetividad sirve de guía y *desideratum* pero es imposible, que funciona como instrumento discursivo legitimador y que la mirada histórica implica una relación transferencial del presente con el pasado historiado. Cada generación reescribe la historia, la representación del pretérito está determinada por los condicionantes sociales del historiador y la «verdad» resulta una entelequia inalcanzable. En definitiva no hay, no puede haberla, una sola historia posible. Superados los tiempos de catecismos impuestos desde arriba, toda democracia debe garantizar el pluralismo también respecto de su ayer. Ahora bien, la misma libertad existe para fiscalizar los relatos históricos, en este caso los del *DBE*. No hay una «verdad» histórica única esperando nuestra llegada, pero rechazar la categoría de «dictador» porque el interesado no se veía como tal³⁰, hacer propias las categorías y propaganda de los contemporáneos, anteponer tropos míticos de ayer a los acuerdos historiográficos de hoy o abrazar explicaciones en clave martirial en las que interviene la Providencia supone renunciar a cualquier intento de representación objetivable del pasado y cuestiona aquello que, según la mayoría de los historiadores, definiría su actividad: la aspiración a ser una disciplina científica o, al menos, la cesura con los relatos de ficción, la intención indagatoria y la existencia de métodos y «marcas de historicidad» que permiten someterla a verificación³¹.

³⁰ <http://www.youtube.com/watch?v=SQ89SuGPPs0>.

³¹ Merece la pena recordar que el objetivo que llevaba en 1738 a la naciente RAH a crear un *Diccionario Histórico-Crítico Universal de España* era combatir «las fábulas introducidas por la ignorancia o la malicia». Véase Jaime OLMEDO: «Repertorios biográficos colectivos antes de *L'Encyclopédie*», en Alfredo ALVAR (ed.): *Las Enciclopedias en España antes de l'Encyclopédie*, Madrid, CSIC, 2009, pp. 181-216, esp. p. 204. Para lo anterior, *v. gr.*, Adam SCHAFF: *Historia y verdad*, Barcelona, Crítica, 1976 [1971]; Paul RICOEUR: *Historia y narratividad*, Barcelona, Paidós, 1999

Y, en tercer lugar, resulta propio de nuestro tiempo considerar que cualquier relato histórico es válido, pero las evidencias empíricas y tramas narrativas establecen ciertos límites, y hasta para quienes defienden el relativismo en el conocimiento histórico unos son más válidos que otros. Para Hayden White, un relato histórico —sobre, por ejemplo, la *Shoah*— es tanto menos aceptable cuanto más falsea u oculta los hechos, resulta incoherente con ellos y no está animado por un criterio ético responsable o por una visión «liberadora» del pasado que descargue a éste de su «peso» teleológico. Ejemplos de ello en el DBE al margen, lo relevante es que la valoración del trabajo histórico no sólo depende de las exigencias de método. Se puede producir también en otro nivel, que cabrá o no llamar «moral», en el que se dirimen problemas amplios como si debe haber límites, y dónde fijarlos, en la representación del pasado³². No se trata de fijar ortodoxias ni menos de legislar sobre él. Sin embargo, tampoco parece descabellado que, al menos en el debate disciplinar, se puedan exigir correcciones y revisiones sustanciales. Es lo mínimo que se habría hecho en otros países cercanos ante cuestionamientos tan radicales de consensos historiográficos y sociales sobre el reciente pasado traumático, máxime si vienen de un pretendido emblema simbólico de la profesión como la RAH.

De hecho, el clamor que se levantó en 2011 la movió en esa dirección. Se creó una «comisión permanente con objeto de fijar los procedimientos de mejora y revisión según proceda», que incorporó a un experto externo. Luego sufrió alguna dimisión, nuevas incorporaciones la llevaron de tres a seis miembros y a lo largo de la primera mitad de 2012 ha estado rodeada de noticias contradictorias. Según la última, la comisión ha concluido su informe y propone para los primeros 25 volúmenes la redacción complementaria de diez entradas, la revisión parcial de otras seis y matizaciones en otra treintena. Irían en una adenda. Mientras tanto, la misma comisión

[1978], pp. 157-181; Antoine PROST: *Doce lecciones sobre la historia*, Madrid, Cátedra, 2001 [1996], pp. 280 y ss., y Krzysztof POMIAN: *Sobre la historia*, Madrid, Cátedra, 2007 [1999], pp. 17-55.

³² Hayden WHITE: *Figural Realism. Studies in the Mimesis Effect*, Baltimore, The Johns Hopkins UP, 1999, y Saul FRIEDLANDER (comp.): *En torno a los límites de la representación. El nazismo y la solución final*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2008 [1992], *passim*.

estaría participando como comité editorial en los 25 tomos restantes, cuya publicación se prevé para el primer tramo de 2013³³.

El tiempo dirá si el daño es irreparable. Pero, por un lado, hay motivos para pensar que se tendrá más cuidado con lo que aparezca en los volúmenes que faltan. De algo habrá servido todo. Por otro, confirma que la escritura de la historia involucra no sólo a los historiadores, porque remite además a batallas en el espacio público que a menudo escapan a nuestro control. Y, por último, se ha mostrado una vez más el brío con el que fluye el pasado. Resulta paradójico pero, con algunas biografías del DBE y con la idea de ofrecer versiones alternativas de las mismas, la institución guardiana de la historia académica por excelencia abre un melón que le resultará muy amargo, porque nutre las críticas posmodernas al estatus científico y a la propia pertinencia de la historiografía. En nuestras manos está contentarnos con una defensa corporativa, o tirar de este hilo para afrontar un debate sobre si nuestra disciplina debe «disciplinar» los relatos que propone sobre el tiempo pretérito y sobre los desafíos que eso plantea. El debate, en suma, sobre lo que Michel de Certeau llamara «operación historiográfica», que debe renunciar al objetivismo pero no a revelar pasados veraces, y que siempre cuenta con elementos imprevisibles y está «circunscrito a los controles y a las posibilidades de falsificaciones»³⁴.

³³ http://www.rah.es/pdf/Comunicado_de_la_Real_Academia_de_la_Historia.pdf; *Europapress.es*, 13 de agosto de 2012: «El informe final del Diccionario...».

³⁴ Citado en François DOSSE: *El arte de la biografía: entre historia y ficción*, México, Iberoamericana, 2007, p. 431. Lo de las batallas públicas en ENZO TRAVERSO: *L'histoire comme champ de bataille. Interpréter les violences du XX^e siècle*, París, La Découverte, 2011, p. 285, y la crítica posmoderna, *v. gr.*, en KEITH JENKINS: *¿Por qué la historia? Ética y posmodernidad*, México, FCE, 2006 [1999].